

EDITORIAL

Poco antes de tener evidencia de la magnitud de la actual catástrofe invernal, en nuestras actividades profesionales percibíamos sutiles síntomas de lo que se avecinaba. En efecto, los especialistas reportan que la cota de altura para el pasto *Brachiaria brizantha* ya alcanza los 2600 msnm (lo normal son 2200 msnm) y la presencia de *Rhipicephalus (Boophilus) microplus* a los 2903 msnm (los reportes normales eran de 2100 msnm), lo cual, de por sí, constituye una alerta acerca de lo que tendremos que reaprender.

Ahora, en la pausa de este invierno, sin que todavía se conozca la total dimensión del desastre (no se le ha dado suficiente cobertura mediática a lo que ocurrió en La Mojana, Valle del Cauca, a la desvertebración de la región santandereana, a la saturación freática y a la pérdida de productividad; tampoco a la incidencia de enfermedades en las zonas de ladera), todo nos invita a iniciar profundas reflexiones.

Solo cuando se avecina el impacto socioeconómico de una incierta inflación se piensa en lo cardinal que es la producción agropecuaria y, sabemos que, aparte de las causas globales, el fenómeno se ha intensificado por la deforestación, por el desecamiento irresponsable de humedales y ciénagas, y por la arrogante intervención en el curso de los ríos, nos damos cuenta del redireccionamiento que debemos dar a muchas de las políticas y de la prudencia que en los próximos tiempos debe caracterizar el accionar humano, particularmente en cuanto atañe a la relación con la naturaleza, como es el caso de dicha producción.

Si en otras épocas hablar de producción sostenible o de la enseñanza de la ecología parecía un simple ejercicio de futurología, hoy es simplemente una urgencia. Además de los retos sanitarios y epidemiológicos predecibles, tal parece que ahora es necesario cuestionar la certidumbre con que veníamos impartiendo la instrucción en los sistemas de producción; así, recurrir a los abonos orgánicos, al silvopastoreo, a la adaptabilidad de las especies, al aprovechamiento de factores más endógenos, y a formas de producción menos extensivas y más acordes con las realidades del medio natural, ya no se podrán contemplar como otras entre las tantas opciones, sino que deberán ser parte de nuestras herramientas cotidianas en el ejercicio docente.

La naturaleza está dando una gran voz de alerta frente a la que no podemos ser sordos. Se está reclamando un viraje en la concepción de nuestros paradigmas productivos, de nuestros enfoques de enseñanza, del compromiso y la visión que cada persona tiene sobre el objetivo de la profesión. En consecuencia, debemos trazar una nueva guía de reflexión y, aunque no lo hayamos previsto, es pertinente reorientar nuestros quehaceres con esta reflexión del presente, como itinerario para las próximas décadas.

GONZALO MEJÍA
Decano